

Luis Durand

El desierto fecundo

AMANECER



El espectáculo tiene para nosotros una maravillosa novedad. Una sensación de asombro y de belleza se nos introduce por los ojos cansados de contemplar la cotidiana realidad. Por la ventana circular del camarote, se nos escapa la mirada por encima de la ondulante e inquieta superficie del mar. Se nos va hasta encontrar el horizonte, lejano, inalcanzable, envuelto en gasas misteriosas, entre las cuales asoma el sol, herida en el alba, que sangra sus vertientes de luces que son como arroyuelos tímidos en la indecisa bruma. Después, la luz ya más robusta, ha resbaldado por encima de la superficie henchida y palpitante, para penetrar por la ventana de la cabina y dibujar una temblorosa circunferencia de oro sobre la puerta. En tanto el barco trepida suavemente haciendo tintinear los objetos de cristal que cuelgan de las paredes o del techo. Un aliento poderoso y fresco viene del océano, en donde ahora se extiende al ras del agua una lámina tan sutil como si fuera una malla tejida con hilos de luz. El barco, cuya estabilidad, a ratos nos da la impresión de haberse detenido, va navegando cerca de la costa. Unos pájaros grandes vuelan jugando en el espacio; a ratos ondulan como si imitaran el océano, y a ratos se dejan llevar como una hoja en el viento, que de pronto se anima, lanzando al recobrase

una especie de carcajada metálica que repiten como un eco, otros pájaros que vuelan más lejos, mientras en el barco mismo, el viento gime y habla a ratos un dulce y misterioso lenguaje. Hay momentos en que este viento canta, como si fuera un ser diminuto, que por arte de magia hubiera descubierto las más recónditas suavidades musicales.

Pero el mar da siempre una recia sensación de vida, de fuerza, de ilimitado dominio. Es como un potro soberbio sobre cuyos lomos cabalgara la audacia y la aventura. También el ensueño, pues siempre estas rutas del océano son una flecha que lanzan los anhelos hacia lo desconocido; horizonte que ningún barco ha traspuesto. En sus ondas hay un inquietante misterio, que nos hace recordar unos ojos de mujer en cuyos labios aun no ha florecido la palabra amorosa. Porque toda la belleza del mar se entrega lentamente, como si fuera disimulando su tardanza, en una honda melopea que arrulla y revienta después distante y asordada. Canción y grito. Ruego y amenaza. Seguramente a nosotros, hombres de tierra adentro, se nos queda inédito, íntegramente su fascinante hechizo, que no obstante presentimos, como en una especie de ansiosa adivinación, insatisfecha, pero que nos toca la sensibilidad como un perfume turbador, que empapara los latidos de nuestro corazón.

EN COMPAÑÍA DE LA SOLEDAD

Y tras de cruzar el mar, inquieto, movible, extendido entre horizontes inalcanzables, henos aquí en medio de la pampa, árida, hosca y terriblemente muda. ¡La pampa! Océano inmóvil, en donde todas las rutas son iguales, en donde el viento no encuentra el latido musical escapado de la garganta de un pájaro, ni se impregnó de aromas, ni de la frescura de las aguas corrientes. Así se desliza el automóvil a través del desierto, sobre el cual el sol se derrama sin alegría. Caminar, caminar por en medio de la estéril soledad. Hasta que de pronto, un ruido sordo,

que lentamente se hace más perceptible, sacude la quietud del dilatado ámbito. Es un tren aburrido que cruza la pampa, vestido con el polvo plumizo, que se pega insistente en su ferretería. Este tren no tiene la ruidosa arrogancia de aquellos que cruzan el riente valle central, en donde el humo de su penacho se queda enredado entre la ramazón de un árbol; éste de aquí es un tren desesperado cuya locomotora lanza turbias bocanadas de angustia, que se quedan como rutas de tristeza en la infinita desolación. Empero, el sol, eterno mago milagroso, en su obstinación de hacer el bien, dibuja cabriolas en la lejanía. Y entonces, este tren taciturno, se lanza aullando por en medio de la pampa, rompiendo en trizaduras agudas la brillante quietud de la atmósfera. Su alarido se prolonga, se repite y vuelve a repetirse desesperadamente al no encontrar una oquedad amorosa que reciba su llamado y lo devuelva en un grito jocundo. Es, entonces, una fiera enloquecida y frenética que corre sobre las cintas bruñidas de los rieles, mostrando su ferretería reseca con el polvo tenaz. Hasta que por fin, el ojo empañado de la locomotora, divisa una casa que se alza medrosa en medio de la soledad, y, entonces como sacudido por una rabiosa esperanza, vuelve a lanzar su clamor jadeante, como si dijera: —¡Tengo sed! ¡Tengo sed!

Retemblando se detiene junto a la vivienda, desde donde sale un perrillo que ladra jubiloso. En el enorme tinajón chorreado de humo y encaramado sobre unos travesaños, el tren bebe, bebe, largo rato. ¡Es una larga y terrible sed! Bajo el sol implacable, la casa se achata y cruje, como una voz plañidera que le contara a ese hermano viajero la leyenda de su soledad. Hay junto a ella un árbol raquítico que creció torturado, porque sus raíces sólo encontraron las paredes tercas del subsuelo compacto y seco de esta tierra que jamás han cruzado las venas azules de los ríos para poner en su seno jugos fecundos y vitales.

Dejamos atrás a ese tren aburrido para que sacie su sed junto a la casa solitaria, y a ese árbol extraviado que vive lu-

chando por no morir, y seguimos en esta ruta monótona y sin accidentes que el auto devora jadeante. De vez en cuando, pequeños montículos, hechos con trozos de caliche llaman nuestra atención; junto a ellos hay siempre un arbolito rechoncho, cuyas hojas descoloridas hablan con elocuencia de la anemia que lo consume. Es un rústico homenaje de piedad y simpatía, al caminante del desierto, que un día se derrumbó allí para siempre. De cara al suelo hostil, aquel hombre debió lanzar su última queja, quien sabe si soñando con unos ojos de mujer o con unos labios que le hablaron con ternura en una tarde soleada y fragante, recuerdo que en el último trance sólo fué ansiedad tremenda e inalcanzable. Por las noches unas lucecitas tímidas, tiemblan friolentas como débiles fuegos fatuos en medio de la negra soledad.

LA ALDEA HEROICA

El auto sigue explorando el terco desamparo. Nada viene a estremecer esta inmóvil y brillante quietud, que nos envuelve. Arriba el cielo diáfano, sin una nube, sin un pájaro que lo cruce; abajo la tierra reseca y huraña, sosegada como un dilatado mar muerto, sin riberas. El sol a ratos dibuja figuras extrañas, cerros que caminan, árboles y aguas que desaparecen en alucinante desfile. Hasta que de pronto, como una lamentable expresión de vida, surge frente a nosotros, un miserable caserío, que se yergue vacilante, sin poder desprenderse de la modorra que lo consume. Da la impresión de que está viviendo una lenta agonía aquí donde lo azota el viento implacable, cuando bate sobre él sus alas iracundas. Se experimenta una verdadera congoja, al cruzar esta aldea heroica que sufre y lucha, aquí donde nada hay, nacido del seno de la tierra, que pueda sustentarla.

Son unas casas que rezuman dolor, abandono y olvido; las puertas desclavadas y torcidas son como los trágicos signos de una interrogación a la cual nadie responderá. Las paredes agrie-

tadas, descoloridas, expresan rudamente de que allí desapareció todo concepto de amor a la vivienda, al confort y al alegre anhelo del hombre que trata de mostrar a los demás, que una casa tiene siempre un alma que asoma por sus ventanas, para hablarnos un poco de lo íntimo de aquello que palpita en el escondido rincón de la sensibilidad.

Y no obstante ¡milagros del sentimiento! hay allí también, plantas criadas amorosamente, en tarros, en tiestos que en otro tiempo sirvieron para cocinar. Esas plantas las cuidan y mantienen como a un sietemesino, estos hombres rudos que en el fondo de su áspera existencia, encontraron una fibra delicada para manifestar su admiración a la naturaleza. Es una evocación de la tierra fecunda. Un poema de amor sin esperanzas. Del tarro de agua que ellos compraran para hacer su comida, para beber y atender a lo más elemental de su higiene, destinaron una pequeña porción para humedecer diariamente aquellas raíces reseca que devolverán esa extraordinaria generosidad con la encendida sonrisa de una flor, y con una gotita de aroma, mínima ilusión que como una luciérnaga extraviada, pondrá en sus almas una chispita de ensueño.

Yo he pasado por en medio de esa aldea, heroica, sintiendo una profunda piedad por ella. ¡Qué hermosa se vería abrigada por altos árboles que la perfumaran, y por pájaros que la arrullaran con sus armonías! En aquella árida extensión, sin horizontes ¡qué bien se vería junto a sus paredes medrosas, un jardín o uná huerta, donde piaran los polluelos en esa hora pensativa del atardecer, cuando la dulcedumbre triste de la luz declinante pone un halo de misterio y de inquietud en el corazón! Los brazos morenos y tibios de una mujer serían un milagro permanente y un haz de energías nuevas cuando el hombre volviera de la soledad para buscar la lumbre de sus ojos, y para comerse el pan del hogar. (Déjame oír cantar el viento de la tarde... es posible que dijera). Pero aquí, jamás ser humano soñará influido por la fuerza poética de la naturaleza. Aquí es necesario

hacer huir a gritos el silencio, porfiada lápida que sobre el alma pesa sin pesar. El oasis no logrará abrir su dulce herida de frescura y emoción, en esta férrea costra hostil.

Y la aldea, esta aldea heroica se ha de quedar como un vagabundo fatigado y vergonzante que muestra sus hilachas. Sus hilachas y su reumatismo incurable. ¡Terrible angustia de mirar los que vienen y los que se van! Y sufrir, además, el tormento de no poder morir...

ORO BLANCO

Como los galgos cazadores que presienten y descubren su presa por medio del olfato, así llegaron los hombres—¡siempre tras la quimera!—hasta esta tierra aparentemente inútil y sin objeto, que, sin embargo bajo su gruesa y dura corteza, guardaba en su entraña el prodigioso tesoro del salitre. El oro blanco, como con tan justificada razón se le llama.

Por uno de esos raros y caprichosos secretos de la naturaleza, aquel producto extraído del desierto estéril, iba a servir para hacer más fecundas las tierras de labor, más sazonado el fruto y más rico el grano, que germinaba en su seno.

Una fiebre ansiosa e ilusionada, llenó el pecho de todos aquellos hombres que llegaron a escarbar esa tierra hasta entonces despreciada. Ya no bastó el combo y la piqueta para romper la dura costra. Fué necesaria la dinamita, que en sordas y continuadas explosiones estremeció desde entonces la virgen y silente soledad. Un ritmo acelerado vino a sacudir la pampa entera. El látigo de los arrieros rasgó el cálido viento para caer en seguida sobre el anca de los mulos pacientes y forzudos que arrastraban los carros repletos con aquella substancia que era preciso purificar en unas infernales máquinas de elaboración. Ríos de dinero entraban y salían. El peón altanero y orgulloso entregaba sus energías y sus ansias curvado sobre la pampa infinita. Entonces los puertos se llenaron de barcos que venían a

cargar el milagroso fertilizante, para remozar los viejos suelos, sometidos a siglos de explotación. Era la danza del oro que surgía de la tierra; del oro que llegaba desde los más remotos países y convertía de la noche a la mañana, a los afortunados descubridores en millonarios.

También, ríos de sangre y de sudor, inundaron la pampa. La dinamita rompía la tierra, y asimismo despedazaba la carne humana, que se ofrecía soberbia y desafiante en aquel escenario de epopeya. Desde las tierras fecundas y fragantes del sur, llegaban los rotos membrudos, ricos en esa energía que habían sustentado los porotos, el muño de harina tostada y las pancutras. Todos traían adentro una ansiedad abrasadora, una ilusión encendida y alucinante como un mágico fuego de pirotecnia. ¡Ah, muy pronto habrían de retornar a la tierra, para desplegar como los personajes de los cuentos de hadas, delante de las mujeres y de los niños deslumbrados, los crujientes fajos de billetes, mientras en los bolsillos repletos, el oro sellado repicaría la prometedora alegría del bienestar soñado! Y después, a comprar tierras, bueyes, carretas, ponchos loboreados y caballos briosos, que ellos en un día de jolgorio pudieran revolver en un puñado de tierra, al sentir en sus flancos el acicate de las espuelas tintineantes. En tanto, bajo la ramada, le acariciarían unos ojos de mujer cuando estiraban el brazo moreno, ofreciéndole el vaso de tinto en donde naufragaban las frutillas relucientes y olorosas.

Pero ¡ay! no contaban ellos con la imprevisión criolla, con esa enfermedad del americano que todavía no conoce la verdadera y sombría tragedia del hambre. El drama de los pueblos viejos que nacieron y vivieron luchando palmo a palmo con la necesidad, estrechados por la falta de horizontes para ampliar su actividad.

Allí en la pampa, en verdad, se llenaron los bolsillos, pero entonces nació en ellos, el deseo violento de disfrutar, de gozar también del festín de la vida. Y entonces, con la confianza en el pecho, sintiendo en las manos la hasta entonces desconocida

voluptuosidad de acariciar un fajo de billetes, se fueron a los pueblos donde la orgía, la lujuria y el alcohol los esperaban ávidamente. Los instintos y los apetitos surgían avasalladores, tremolando como llamaradas o como fieras rabiosas acicatadas por la sed y el hambre. Junto a una china querendona, y a una guitarra de curvas redondeadas, como las caderas de la moza que allá en el terruño, en un día de ensueño les entregó los labios y una promesa, se quedaron ebrios de nostalgia y de alcohol, oyendo la tonada evocadora y sentimental. La soberbia y el coraje les brotaba a chorros poniendo en ellos una diabólica exaltación que les impulsaba a acariciar el puñal, cuya hoja tibia escondía sus reflejos entre la apretada faja.

Hasta que de súbito el insulto brotaba como un peñascazo. Desaparecía de los ojos, la luz cordial, y de la desgarrada actitud habitual del roto, surgía entonces, el desafío arrogante y amenazador. Bajo la turbia luz del prostíbulo centelleaban agudamente los puñales; la chaquetilla enrollada al brazo, y el salto felino; el odio en el rostro haciendo visajes satánicos. El lupanar, barco en medio de la tempestad de las pasiones y del instinto, oscilaba entre roncas blasfemias y agudos chillidos de mujeres aterrorizadas. En tanto los rotos seguían danzando, como juglares enloquecidos, haciéndole esguinces a la muerte, hasta que de pronto la sangre reventaba, como de un trágico manantial, para pintar en el piso una especie de choapino encendido, sobre el cual caía el vencido gimiendo roncamente su última maldición. Y mientras el uno trasponía las fronteras de la vida, el otro se lanzaba a la pampa, huyendo de la huella como si lo llamara la soledad; o bien iba a rumiar su desventura tras los muros tercos de una prisión.

Otras veces era el veneno de las llagas sociales el que les atacaba traidoramente. El sexo, como si ocultara un fuego subterráneo y maldito, los unía, también, en una onda de placer y de dolor. Un fatalismo, mezcla de inconsciente ignorancia y de desdén, les hacía despreciar el peligro y burlarse de la higiene,

como si fuera algo que restara prestigio a su condición de hombres fuertes acercándolos a las preocupaciones femeninas. Y así, con un desdén suicida se dejaban devorar por las enfermedades, y no sabían cómo enloquecían y se convertían en ciegos o epilépticos. No tornaban bravos y arrogantes hacia el sur, sino que derrotados y farfulleros como canes aspaventeros tras la patada de una bestia. La dinamita, el cachucho infernal, así como el peso absurdo de los sacos que en las faenas de carguío reventaban sus pulmones, hicieron lo demás. De esta manera, la vitalidad de medio Chile iba a naufragar en el engañoso miraje del norte.

La molicie se manifestaba en todos sus aspectos. Los magnates ostentosos iban a derrochar su dinero en los grandes centros humanos del viejo mundo. ¡París! La fantástica hoguera donde se ha consumido la vanidad ingenua del americano. La Costa Azul y los nobles tronados. Todo aquel oropel provocaba el desvarío cándido de los pueblos que aun no sabían caminar por la existencia. Un afán enfermizo y desorbitado, empujaba a estos transplantados a buscar desesperadamente un sitio entre la nobleza de los viejos países, que de esta manera volvían a recuperar todo el dinero que invertían en comprar los productos maravillosos de América. Así fué posible que nacieran a la vida social de las grandes ciudades de Europa, duquesas y marquesas, cuyos pergaminos sólo se podían hallar en los escondidos mantos de salitre de Tarapacá y Antofagasta.

El peón, el roto sufrido y esforzado, seguía entre tanto, extrayendo aquellos tesoros, sin esperanzas de alcanzar nunca, ni siquiera un mínimo de bienestar. Un día fué necesario empuñar las armas en vez de las herramientas de trabajo, y lo hicieron con la misma desdeñosa arrogancia que frente a las rudas incidencias de la faena. No les arredró la metralla ni los rigores de una naturaleza hostil, y aun cuando supieron de las ardientes embriagueces del triunfo, fueron, otra vez inconscientes de su poder y de su fuerza, a curvarse sobre la pampa para entregarle los

restos de su energía y de sus ansias confusas y recónditas. Era necesario vivir y vivían prisioneros de su destino, del cual ya no podían escapar.

Ahora hemos tenido oportunidad de conocer a muchos de esos hombres rudos, recios girones de la gleba a quienes ni el sufrimiento, ni las enfermedades, ni las locas orgías pudieron derrumbar. Llegaron allí, jóvenes y arrogantes, desdeñosos e impávidos para mirar el futuro. Conocieron los días opulentos, los tiempos esplendorosos, en que ellos se daban por lo menos el gusto de estrellar en pleno rostro, el escupitajo de su insulto, devolviendo insolencia por insolencia, al capataz atropellador, para abandonar en seguida la faena e irse a otra parte, en donde los recibieran sin preguntarles de dónde venían, qué habían hecho y por qué llegaban. En todas partes se necesitaba energía humana, pulmones que se calcinaran bajo el sol; se desgarraron lentamente, como esos gigantes de la selva, bajo el golpe insistente del hacha o se fundieron en el infierno de los cachuchos. En todas partes había una actividad febril. Cruzaban la pampa los convoyes de carretones entre la polvareda seca de la costra chancada día a día, en tanto en el aire, silbaba el látigo de los mayores y en las Casas de Fuerza las poderosas máquinas latían como fieras encadenadas. El dinero llegaba y se iba con extraordinaria facilidad, como si se olvidara el concepto de su valor exacto. El placer, así adquiría todas las formas y gradaciones. El whisky y los licores finos corrían a torrente en los casinos; en las chinganas el mosto y el «guachucho». Mientras tanto, allá en la orilla del mar los barcos seguían llenando su vientre insaciable con el salitre que era solicitado ansiosamente por los mercados de Europa.

Pero llegó un día en que la demanda del prodigioso fertilizante cesó. Allá en el otro lado de los mares, la ciencia de los hombres había encontrado la manera de substituir el producto que encerraba la entraña de la pampa. Y entonces todo aquel río humano, cuya actividad se ejercitaba en ella, no tuvo qué

hacer. El formidable competidor descubierto por la ciencia venía casi a arruinar la industria. Comenzó así, el desfile trágico de los hombres que retornaban, obligados por las circunstancias, a mirar hacia la tierra donde el árbol, la sementera, la chacra o el viñedo eran fuentes eternas de vida. Empero, esos hombres volvían gastados y descontrolados, sin más bagaje que un sordo rencor que ellos mismos no sabían precisar ni ubicar. El campesino miró entonces, con recelo primero, y después con odio al nortino que llegaba a poner en peligro su pan. Y fué así, como los que no se resignaban a soportar el hacinamiento que les consumía en los albergues, se fueron por los caminos a vagabundear, merodeando cerca de las casonas apacibles, amenazando esa tranquilidad a la cual ellos, desarraigados, no se podían incorporar.

Sólo unos pocos se quedaron, por milagro, allá en el norte, soportando la baja del salario, y aferrándose ahora, humildes y resignados a la faena, por dura y mal pagada que esta fuera. Ahora hemos podido conocer a algunos veteranos de esa jornada de cíclopes. Hemos entrado a uno de esos túneles en donde la cuña y el combo, hacen su trabajo lento de roedores. Una perforadora mecánica ruge sorda y temblorosa en el fondo del túnel, como una bestia irritada que se apresta a defender su madriguera.

Un hombretón sexagenario llena un capacho de metal con trozos de caliche, que arriba un mulo hace subir, tirando de él ayudado por una roldana. Le preguntamos cuanto tiempo hace que trabaja en la pampa y nos contesta desabridamente:

—¿Cuánto tiempo? Saque Ud. mismo la cuenta. Tenía dieciocho años cuando me vine y ahora ya me van cargando sesenta.

—¿De qué parte es usted?

Cierra los ojos para dar una sensación de lejanía. En seguida, como si no lo recordara bien, dice:

—Soy de San Fernando, al interior... Cerca de la costa.

—¿Y nunca ha sentido deseos de volver a su tierra?

—Deseos no me faltaron. Pero la pampa agarra. Y ahora no hay nada que me tire para allá. Además para volver en los mismos pelos, más vale quedarse aquí...

Chupa la colilla de su cigarrillo, casi quemándose los dedos. Y se inclina sobre el capacho disponiéndose a seguir su trabajo. Es un moderno galeote en cuya alma, ya no florece ninguna esperanza.

LOS ANIMALES MECÁNICOS

Aquí en esta pampa de María Elena y Pedro de Valdivia se han construído dos plantas elaboradoras de una potencia formidable, que trabajan con el moderno sistema Guggenheim. Estos yacimientos no hubiera valido la pena trabajarlos por medio de los anteriores sistemas, pues son de muy poca ley, lo cual habría encarecido en forma tan crecida la elaboración, que para nadie podía ser un negocio su explotación. Sólo con estas prodigiosas máquinas que ha inventado la ciencia ha sido posible trabajarlos, y dar así un robusto impulso a la industria salitrera.

Con la implantación de estas máquinas ha vuelto a repetirse el caso de siempre. Que se sienta por ellos recelo y desconfianza. Mejor dicho, odio. El progreso de la civilización y todos los inventos de la mecánica son los eternos enemigos del hombre, que entrega su esfuerzo en una faena subalterna. Romper la tierra, quebrar el caliche, transportarlo, desrripiar, o sea extraer de las bateas el ripio que ya no contiene salitre y todo el complicado proceso de la elaboración, ya no es cosa en la cual el obrero intervenga directamente. Ahora todo eso lo hacen estos estu-
pendos animales mecánicos, con una precisión, rapidez y eficiencia que, en verdad, dejan al observador atónito y desconcertado. Por medio del moderno sistema Guggenheim, el salitre se elabora, con la no colaboración de la energía humana, sino con el aporte de la inteligencia del hombre, sin necesidad de que

éste contribuya con su sufrimiento ni exponiendo en cada momento su vida como ocurre con el antiguo sistema.

Se ha repetido mucho de que estas máquinas sacan el tesoro de la tierra y dejan en cambio el hoyo estéril. Que se alimentan con el combustible traído del exterior. Que ya no se consume ni pasto ni maderas, ni energía animal, ni humana. Todo eso es seguramente una gran verdad.

Pero frente al tremendo problema de la competencia del salitre sintético, ¿sería posible trabajar con los antiguos métodos, estas pampas que dan tan bajo rendimiento? Porque si este problema se examina con un criterio sereno y desapasionado, es necesario considerar el esfuerzo que también significa el que los norteamericanos hayan invertido aquí sumas fabulosas, en maquinarias y edificaciones, en viviendas para obreros y empleados. Cuestión complicada y difícil sobre la cual no es posible pronunciarse en forma definitiva ni tampoco ligera.

Lo que hay de cierto es que el progreso de la ciencia trae todas estas complicaciones, que en uno de sus aspectos crea el problema social originado en el exceso de brazos. Es asunto tan intrincado que casi es temeridad tocarlo sin tener profundos conocimientos sobre la materia. La electricidad, los motores a bencina y el vapor, destruyeron, puede decirse la tracción animal. Por consiguiente, ocasionaron la ruina de los productores de animales de tiro, y de forrajes. Considerada esa circunstancia ¿es absurdo emplear estos medios modernos que trae la civilización? ¿Puede un país seguir el ritmo de la vida actual sin tomar en cuenta el imperioso mandato del tiempo, destructor y creador de cuanto existe?

Con estas maquinarias se ha desplazado en gran parte al hombre, pero es innegable que la labor que ahora le toca realizar es menos dura y su condición de vida es, sin comparación, mejor. El sufrimiento y las necesidades que experimenta el de abajo, son más bien, aquí como en todas partes, la resultante del sistema social y no de determinados hombres. En la pampa se

sufre actualmente, así como puede sufrirse en el campo o trabajando en medio de la calle. Por lo menos en las oficinas de María Elena y Pedro de Valdivia, no es difícil advertir que los jefes, dueños o patrones han tratado de suavizar en cuanto es posible las condiciones de vida del obrero, en cuya vestimenta y vivienda el observador desapasionado no encuentra las huellas de la miseria ni de la desnutrición. Pero dejaremos este aspecto del asunto, para cumplir con nuestro propósito, de reflejar en estas líneas, la impresión visual que nos dejó el espectáculo de la pampa salitrera.

Desde una distancia más que prudente, tuvimos oportunidad de ver explotar un tiro (o tronar como se dice allá), que ha removido una enorme cantidad de toneladas de tierra. Un sacudón seco, remece el lugar desde donde observamos, y casi instantáneamente, brota del sitio en donde se opera una polvareda densa, que se dora e inmoviliza—tan espesa es—en la luminosidad del mediodía. Después, una chancadora mecánica, un animal de acero gris, despedaza los grandes trozos. Muy pronto se extenderá a lo largo del «rajo» en explotación, una línea sobre la cual avanza un tren eléctrico que se mueve por medio de baterías de acumuladores, y cuyos vagones de carga, el animal mecánico va llenando con el producto en bruto. Dirigido por un solo hombre, abre con regularidad matemática la enorme tarasca para, una vez llena, depositar su contenido dentro de cada vagón. A veces un enorme trozo de caliche queda vacilando al borde del carro, y entonces la bestia de acero lo acomoda con el hocico, como si fuera, en realidad un monstruoso ser vivo que no supiera cansarse jamás. Una vez que está el tren completo, un agudo silbido perfora la brillante claridad del día, y entonces el convoy parte hacia los molinos en donde se molerán los trozos. Por medio de una maniobra muy parecida a la que hacen los trenes en las estaciones, la máquina va dejando uno a uno los carros en su desvío, los que, a su vez, empuja un enorme tope de hierro (la mula) hasta dejarlos sobre una plataforma, en donde el

vagón es aprisionado por unos brazos curvos de acero, que lo dan vuelta y vacian su contenido en una ancha cavidad que conduce a las formidables muelas de los molinos, en donde se tritura el caliche. Retiembla la tierra con el ruido que produce la molienda, y con el latir jadeante de los motores, que funcionan en los subterráneos que tienen siete pisos de profundidad.

Una larguísima correa transportadora, lleva el caliche triturado hasta los estanques de la lixiviación en donde el agua que empapa todo este material, desincorpora el salitre de su estado natural disolviéndolo en el agua. En esta forma es conducido por cañerías hasta unos estanques en donde la solución circula primero a una alta temperatura, (42°) y después a una más baja para que se produzca la cristalización por medio de una refrigeración a base de amoníaco. En seguida pasa a las centrífugas que alcanzan una velocidad de 370 revoluciones por minuto y que extraen al salitre el agua y toda otra substancia extraña, hasta dejarlo completamente puro. Después el salitre va a una enorme planta granuladora, que es un inmenso galpón, en donde hay unos surtidores que lanzan el salitre en estado líquido y calentado a una temperatura fantástica, hacia lo alto de la cámara para que, en su trayecto de descenso se enfríe y solidifique, por medio de corrientes de aire, y adquiera la forma y el tamaño de una pildorita de homeopatía. Luego las máquinas llenan, pesan y cosen los sacos.

Contando con la menor cantidad de palabras posibles y sin detallar una serie de operaciones secundarias, es esta la forma cómo se elabora el salitre por medio del moderno sistema Guggenheim. Como se ve, casi todo lo han hecho estos diabólicos animales mecánicos, que pasan todo el día rugiendo sordamente, sustentados por los poderosos motores de las casas de fuerza, que son verdaderas montañas de hierro de diversas formas, con ruedas, relojes y extraños aparatos de las más variadas formas, de cuyas funciones el profano no alcanza a darse cuenta cabal

ni tampoco muy aproximada, por más que se lo expliquen los ingenieros con una magnífica buena voluntad.

LOS CAMPAMENTOS

Si en María Elena y Pedro de Valdivia existiera vegetación, sus campamentos serían dos pueblos hermosísimos. Todo está allí muy bien tenido y reina un orden admirable. En todas las casas de los empleados que cuentan con mayores recursos, pueden verse pequeños árboles y plantas cuidados con afán constante y cariñoso. Pero la esterilidad que rodea todo el ámbito, no permite que esto se advierta en conjunto, ni se destaque el esfuerzo de sus pobladores en este culto al árbol y a la flor. En ambos campamentos existen plazas muy bien tenidas. Un teatro donde se pasan películas sonoras. Escuelas con amplias salas llenas de luz y de aire. El hospital de María Elena es una maravilla tanto por los modernos aparatos de rayos, y cirugía de que dispone, como por su personal de médicos y enfermeras. Hay baños públicos para obreros y también hermosas piscinas de natación en las que se observa un aseo esmerado. Hay clubes para empleados y obreros y recién se ha organizado una biblioteca que es atendida y mantenida por la Compañía. Canchas de football, de tennis, etc. Además de las pulperías de la organización salitre-
ra, existe también un mercado libre.

Los obreros casados viven en casitas independientes, separadas por una muralla, en calles de edificación uniforme. Los solteros ocupan habitaciones en que duermen tres o cuatro hombres. Para éstos, el problema sexual debe ser motivo de viva y permanente inquietud, sometidos como están a una rígida y severa disciplina. Esta cuestión ha sido tratada en diversas oportunidades por el Directorio de la Compañía y se ha podido ver que es de difícil y complicada solución por los trastornos y perturbaciones que podría traer, el autorizar el comercio sexual.

Los empleados con familia, viven todos en casas separadas;

especie de bungalows muy hermosos, de construcción moderna que cuentan con toda clase de confort y elementos de higiene y por cuyo arrendamiento se paga un precio de \$ 83 mensuales.

El obrero y el empleado, cada uno en su medio, hace vida social intensa, en los clubes que la compañía ha edificado para este objeto. Un destacamento de carabineros tiene a su cargo la vigilancia y el orden. Bajo este régimen jamás ocurren allí, desmanes ni excesos de ninguna especie.

LOS BARCOS QUE NO PUEDEN ZARPAR

Viajando en la noche por la pampa, se experimenta la sensación de que no existe alrededor, otra cosa que la obscuridad. Ningún rumor turba este inmenso silencio. Jamás un grito, una voz lejana, un latido vital. Hasta el viento resbala sobre el auto con una suavidad medrosa. Para el que está acostumbrado a cruzar el campo, sintiendo el bramido de un vacuno, el grito de un pájaro, el rumor de los esteros o el murmullo del follaje en sus interminables y misteriosos secretes, este silencio le causa una rara y extraña sensación. A ratos asoma en el camino la luz de un auto o de un camión de carga que cruza veloz y se pierde tragado por la obscuridad y de nuevo el inquietante misterio vuelve a envolvernos.

De pronto llegamos a pensar de que como por arte de magia, vamos viajando sobre el mar. Y esta sensación se acentúa cuando divisamos a lo lejos unas luces temblorosas que suben y bajan como si estuvieran colgando de los mástiles de un enorme barco. En la distancia el cielo se aclara con una niebla blanquecina parecida a esa que se inmoviliza sobre los cerros de la costa. ¡Ah! Es que hay cerca un transatlántico iluminado que trata en vano de zarpar. Percibimos un rumor hondo y lejano, como el de las olas cuando se estrellan y rompen sobre los acantilados. Y este rumor, lentamente, se hace más perceptible. Es el jadeo de las máquinas del transatlántico que lucha en vano por hacerse

a la mar. A ratos un pitazo largo, hiere la noche con agudo clamor. Las luces se agrandan y en la imaginación vemos la masa obscura de la obra muerta del barco estremecido, que late y forcejea enredado en el misterio de la noche.

Pero este barco inmóvil, no puede partir. A medida que vamos avanzando la impresión se transforma y se hace realidad. Es un campamento con el ruido de los motores de sus casas de fuerza, de sus molinos subterráneos y de todo el traqueteo de la elaboración. Un jirón de vida que alienta en medio de la inmensa noche de la pampa.

PÁJAROS PRISIONEROS

Lo primero que hoy hemos oído al despertar es el canto de los pájaros. Al abrir los ojos, a través de los cristales de la ventana, hemos podido contemplar la encendida sonrisa de unas flores, y, más distante, meciéndose dulcemente en la brisa matinal, la rama de un árbol. Más arriba un retazo de cielo azul purísimo. ¿Estamos en el campo? ¿En algunas de esas grandes casonas señoriales del valle central, o en una de esas poéticas viviendas perdidas entre los montes australes? Se nos figura que de un momento a otro oiremos el bramar de los terneros, el relincho vibrante de un potrillo o las ásperas voces de los capataces. Empero, nada de eso ocurre, porque cuando nos asomamos a la ventana, el milagro que floreciera en nuestra imaginación desaparece. La extensión grisácea de la pampa se extiende sin límites por donde se dirija la mirada.

¿Qué es lo que pudo hacernos pensar en todas estas cosas? ¿Fué un sueño sustentado por la evocación de la tierra fecunda? Curiosamente nos hemos asomado a la ventana, y entonces, sin gran dificultad, hemos encontrado la explicación del milagro. Por en medio del patio discurren juguetones y graciosos algunos pájaros traídos de nuestra selva rumorosa. Tordos, zor-

zales, tencas y jilgueros, que deben sentir la ilusión de sus quebradas y montes, junto a este pequeño oasis artificial.

Un día los soltaron aquí, y entonces ellos, con el canto de la libertad que les brotaba de la garganta, extendieron las alas y se remontaron en jubiloso vuelo para buscar el amparo de un gran bosque en donde vivir y cantar bajo la azulidad maravillosa de un cielo profundo. Volaron, volaron, hasta darse cuenta de que estaban abandonados, extraviados, prisioneros entre dilatados horizontes, en donde era imposible hallar un monte entre cuyas frondas musitara el viento sus baladas dolientes. Audaces y confiados, subieron hasta tocar el azul, y en sus ojos de pájaros zahareños, debió tal vez reflejarse por primera vez el asombro. Ni bosques, ni sembríos, ni aguas corrientes, ni quebradas profundas y misteriosas. Sólo la medrosa soledad. Y entonces retornaron de su excursión ilusionada, para buscar los árboles melancólicos que en medio de la desolación, sueñan y hacen soñar...